

Las tribulaciones de Aquiles

por Seve Calleja

Hay niños que ansían poder hacer cuanto antes lo que hacen sus mayores: fumar, conducir coches, pedir un crédito o leer ciertos libros. Otros, en cambio, querían no crecer nunca, no tener que ir a servir al ejército, ni entraparse por comprar una casa o quedarse calvos. Pero a éstos, generalmente, no les suele quedar otro remedio.

Hay también hombres contentos de serlo, entusiasmados de sentirse por fin adultos. Gente que nunca volvería a ponerse un pantalón corto si no es para jugar a tenis, orgullosa de su máquina de afeitar y su *after-shave*, de su periódico bajo el brazo y sus corbatas de seda a cual más sorprendente. Son por lo general bastante altos y algo calvos. Tarde o temprano acaban siendo padres y yendo a ver películas de dibujos animados, y se reúnen entre ellos para hablar de la Bolsa y del colegio de sus hijos, y una vez al año, les toca ver pasar la cabalgata de reyes o ir al Parque Infantil de Navidad.

Sin embargo, a sus veintimuchos, casi treinta, años, Aquiles se sentía disgustado hasta de su propio nombre, que le quedaba demasiado ancho. Por eso, en cuanto pudo, le arrancó una sílaba y, desde un veintinueve de febrero —casualmente le había tocado nacer en año bisiesto— decidió llamarse Ales.

Ales no tenía de mayor más que la edad, y hasta ése era un asunto discutible. Para la gente chismosa, la que todo lo pone en entredicho, a la que le entusiasma polemizar, los veintiocho años de Ales eran, en honor a la verdad, siete. Siete añazos que tenían de particular el tamaño, acaso un tanto desproporcionado para cualquier otro, pero no para un Ales de aproximadamente ochenta y cinco kilos de anchura por uno-coma-cincuenta y cinco de alto, según la ficha de cuando lo tallaron en el ayuntamiento. De aquel entonces, sólo queda la ficha con sus datos de filiación rotulados a mano y el estigma azulado de un tampón que rezaba «No útil». Pero de todo aquello no tuvieron la culpa ni el secretario municipal, ni sus ochenta y cinco kilos, ni el uno-coma-cincuenta y cinco, sino sus pies. Que para ser soldado, además de ver y oír medianamente bien, y de no ser demasiado grueso o bajo, no bastaba con querer serlo. Que él sí que quería. Había, además, que descalzarse y dejar estampadas sobre un papel las huellas de los pies. Y ahí fue donde Ales perdió su primera oportunidad de demostrar que, aparte de su tamaño, era un tipo normal y corriente. Sólo que alguien debía de haber decidido que dejar impresa toda la planta de los pies era un inconveniente para ser reclutado. Y Ales tuvo que conformarse con seguir en la tienda,

ayudando a su madre a vender historietas de Flash Gordon, Tintín y Agatha Christie, bolígrafos, cuadernos y gomas de borrar. Un trabajo que, la verdad, no le entusiasmaba demasiado, pero que, si no tomaba una decisión rápida, amenazaba con tenerlo encerrado de por vida entre anaqueles y torres de cajas de cartón. Porque su buena madre tenía puestas en él todas las ilusiones del negocio familiar *Vda. de Ruiz Papelería y artículos de regalo*, que años atrás se había llamado simplemente *Librería Ruiz* y que, si todo iba viento en popa, iba a tener un nuevo rótulo, y esta vez luminoso, que dijera *Librería sucesor de Ruiz-Artículos de escritorio-Juguetería y regalos*. Y él no estaba dispuesto a consentirlo porque tenía otras aspiraciones. Porque si no había podido aspirar a ser capitán de fragata, sí que sería al menos marinero a secas, dispuesto a navegar por el Mar del Norte. Probablemente no llamarían demasiado la atención sus tantos kilos por aquellas latitudes.

Tal había sido su sueño a los veinte años y en él había depositado todas sus ilusiones durante mucho tiempo. Escribía en secreto a todas las compañías navieras y se quedaba a esperar tontamente respuesta. Y así, el papel que otros solían gastar en cartas a una novia desde cualquier cuartel, lo gastó Ales en tales menesteres, que duraron lo que hubiera durado su per-

manencia en filas. Y hasta le pareció que en aquel tiempo el mundo se hubiera ido ahuevando por los polos, llevándose el Mar del Norte cada vez más arriba, alejándose cada vez más de la papelería.

Aquiles era nombre de héroe. ¡Ocurrencias de su difunto padre! Cómo iba a suponer aquel buen hombre entregado al oficio de librero la devoción de su hijo por las salsas. Y es que el chico, desde bien pequeño, había mostrado cierta debilidad por untar el pan en toda clase de pringues. Porque, contra lo que pudiera imaginarse, no eran su tentación los dulces, no. Que si gastaba sus dineros en bollos y en chocolatinas lo hacía por los cromos y papeletas de concursos de viajes, que ése sí que era su mayor devoción desde que en el sorteo de su quinta tuvo tan mala suerte. Porque desde aquel día había decidido que si no tenía sitio en la Marina y que si se le negaba toda navegación por sus propios méritos, alguna vez alcanzaría su sueño gracias a los concursos, a los sobres-sorpresa y a las rifas, cuestionarios y toda suerte de recortables que a él, por su oficio, le llegaban a diario en letra impresa. ¿Qué esfuerzo le podía suponer estar al día en nombres de famosos, altitudes de picos, dimensiones de ríos y efemérides a alguien que, como a él, le era tan familiar resolver jeroglíficos, rellenar crucigramas o rastrear gazapos como las tachuelas a un zapatero sedentario?

Mientras tanto, y para desgracia de la viuda de Ruiz, comprobar albaranes, ordenar los pedidos y desembararlos era tierra baldía dejada de la mano de un labrador con vocación viajera. Porque Aquiles sólo tenía de héroe de la *Iliada* un ejemplar en rústica que jamás llegó a abrir, su nombre de pila y, claro está, la tienda de sus desdichas. Y sin embargo, en el fondo, tenía no poco en común con su tocayo el griego.

Cuentan que, cuando aquel otro perdió a Briselda, se negó a combatir



MABEL PIÉROLA.

TINTA FRESCA

contra los troyanos y que se retiró a una tienda frente al mar. Entonces, reaccionó como éste en cuanto vio perdida toda posibilidad de navegar de azul marino. Claro que, en su caso, el mar era la plaza que la gente surcaba de un lado a otro y donde solían jugar los chicos en los atardeceres. Y es que Aquiles-Ales se había jurado odio eterno contra el jefe supremo de todos los ejércitos, se llamara como se llamara en realidad y Agamenón entre los griegos aquellos. Pues los troyanos, o quienes fueran, le habían arrebatado a su mejor amigo, al que tocó hacer la «mili» en Algeciras. Se

llamaba Fabián en este caso, y no Patroclo, qué más da. El hecho es que su amigo no volvió por el barrio, sino que, al licenciarse, prefirió quedarse por allí con una empresa de montajes que lo puso a viajar de un lado a otro. Porque Fabián fue siempre su incondicional, su alma gemela, y de haber sido un héroe colérico este Aquiles habría vengado su pérdida contra el primer Héctor que se le pusiera delante.

Lástima que Aquiles fuera tan sólo un nombre, y la *Ilíada*, un simple libro sin estrenar que le habían regalado alguna vez a este tal Ales.

—Lo que tú necesitas es un poco más de movimiento —solía decirle siempre el cartero Patricio—, que te vas a oxidar aquí sentado todo el santo día.

Era Patricio menudo y ágil como una ardilla. Echado hacia un lado por culpa de su valija siempre al hombro, se movía como un buque escorado, como un autómata de pilas siempre nuevas jugando a las cuatro esquinas de portal en portal.

Si había clientes en la papelería, se limitaba el cartero a dejar la correspondencia en un ángulo del mostrador, a decir «Hola» y a irse sin darle tiempo a la puerta a cerrarse del todo. Pero si no, si encontraba a Ales solo, posaba su equipaje unos instantes y se sentaba un rato a echar un cigarrito, y no se iba hasta haberlo consumido.

—Déjame la gorra —solía pedirle Ales.

—Pero si no te entra —decía siempre el cartero, y, al quitársela, dejaba asomar una cabeza despeinada como una cama sin hacer.

A Aquiles le quedaba pequeña, pero se la calzaba porque le entusiasmaba imaginarse capitán de barco.

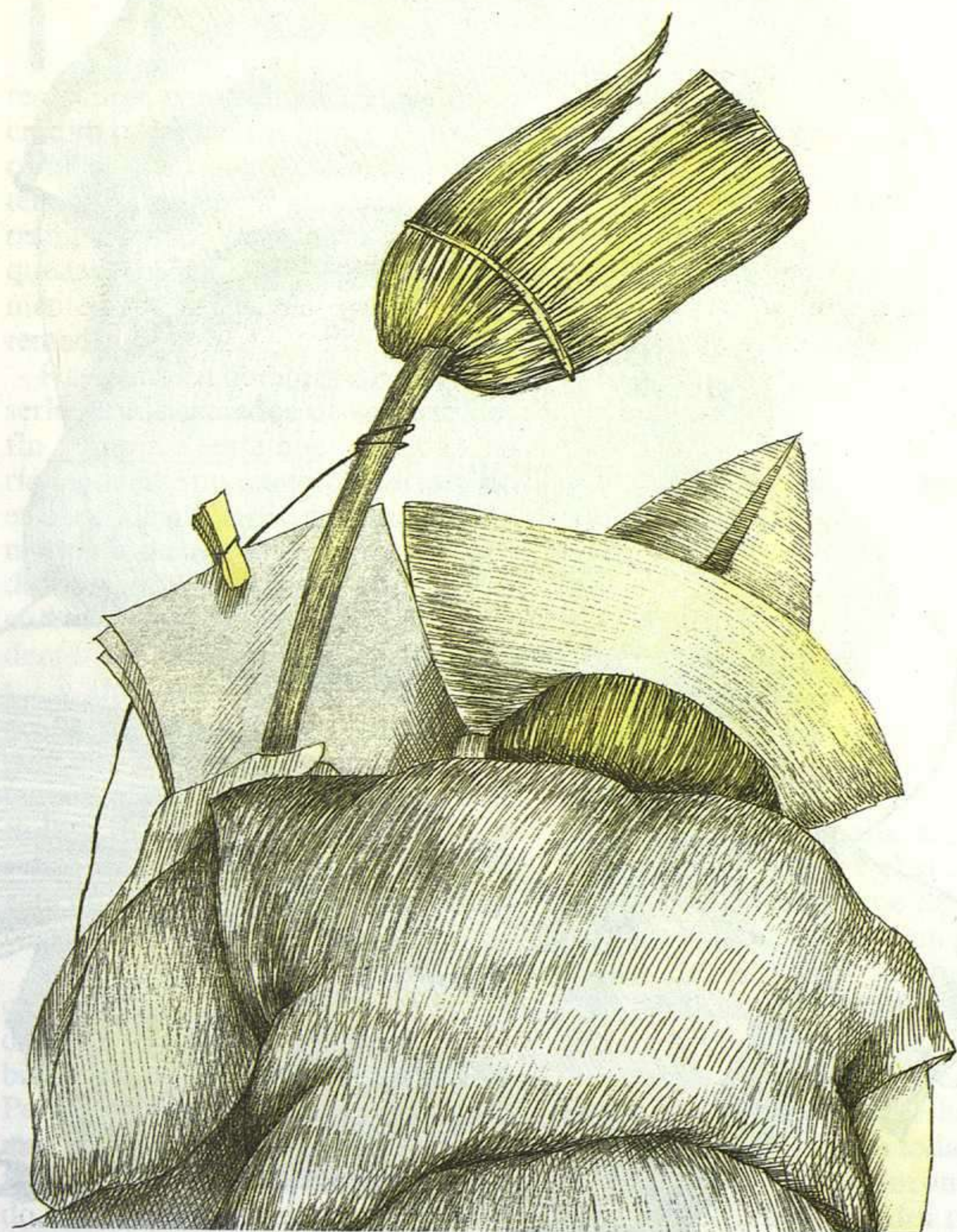
—¡Todo a estribor! —voceaba eruido detrás el mostrador—. ¡Avante a toda máquina! ¡Arriad ese foque, que está amainando el viento!

—¿En qué quedamos? —protestaba Patricio, dejando salir todo su humo de golpe—. ¿Es un vapor o un velero?

Y no es que él entendiera demasiado del arte de la navegación, pero algo raro encontraba en las órdenes del capitán aquel con gorra de Correos.

—¡Y a ti qué más te da! —refunfuñaba Aquiles, meciéndose en el oleaje de aquellas fantasías, que no solían durar sino un instante, lo que tardaba en consumirse el pitillo o en entrar algún cliente.

Entonces Ales guardaba mar y buques detrás del mostrador. Pero, eso sí, sin renunciar jamás a su aprendida pose de oficial, plantado allí en el puente de la papelería.



MABEL PIÉROLA.